

SOBRE EL CONCEPTO DE «ORIENTACION EN EL TIEMPO»

Dr. J. VILATÓ GÓMEZ

Director del Instituto Psiquiátrico de San Baudilio (Barcelona)
Miembro de la Real Academia de Medicina

Un individuo capaz de conocer completamente su situación le consideramos bien orientado.

Esta situación comprende su relación con el ambiente en que se halla y su relación con el momento en que ocurren los hechos.

Han sido llamadas esas relaciones, orientación en el espacio y orientación en el tiempo, respectivamente.

Acostúmbrase en Psiquiatría a explorar conjuntamente ambas orientaciones por considerarlas en sus aspectos, psicológico y psiquiátrico, íntimamente ligadas entre sí y para algunos autores dependiente la orientación en el tiempo de la orientación espacial.

Como nuestro objeto en el presente estudio es ocuparnos exclusivamente de la orientación en el tiempo, no entraremos en el examen de esas afinidades, aunque, desde luego, no consideramos aceptable esa desviación.

Por muy claro que nos parezca el concepto de orientación, cuando tratamos de definirle aparecen las dificultades; las ideas pierden precisión, los contornos se difuman y no es dable expresarlo concretamente. Como en todos los conocimientos análogos, que son elementales para el psiquismo, no llegamos a explicarlos nunca con justeza; sus definiciones son vagas e imprecisas. Pero particularmente en el concepto del tiempo, bajo su aspecto psiquiátrico, cuando de él se ha intentado una explicación, se han hecho intervenir en ella ideas de carácter físico-matemático y filosófico no adaptables a una psicología práctica, ya que son el producto de una especulación que dista mucho de convenir a la vida psíquica ordinaria y cotidiana.

Orientarse en el tiempo, según el concepto psiquiátrico corriente, no es más que poseer la noción del «tiempo geográfico» en que se vive; por ejemplo, saber «la hora que es», conocer «la parte del día en que estamos» o el «mes y la época del año que vivimos», o saber el enfermo, a partir de la fecha en que ingresó en el asilo, los días que lleva en él; cuestiones estas y otras más o menos semejantes que se le proponen y que siempre se refieren a esa sola clase de tiempo. Omito la exploración de la orientación en el tiempo empleada en la práctica corriente por ser conocida por todos.

Pero con ese proceder no llegamos a conocer si el individuo examinado posee la noción del tiempo que suponemos debiera tener normalmente. Porque si éste sabe la hora que es o en el mes en que se halla, por ejemplo, eso no demuestra que siente transcurrir el tiempo o que se da cuenta de la época de un suceso ni que sabe distinguir lo actual de lo pretérito o de lo futuro.

Es, pues, esa exploración defectuosa, ya que no nos demuestra que el sujeto examinado tiene conciencia real del tiempo, y si la tiene, hasta qué grado es completa.

Hay algo más importante que el conocimiento del tiempo geográfico, como es el sentir que va transcurriendo un tiempo, en nuestras acciones; que nos deslizamos continuamente en una sucesión de actos.

Cuando a un enfermo se le interroga acerca del día de la semana en que está. Si acierta, sólo podemos afirmar que recuerda la serie de nombres de los días y que recuerda cuál fué el día anterior. Lo mismo puede decirse para los días del mes, para el nombre del mes o para la época del año o estación.

De esto se percata el enfermo en virtud de los siguientes elementos de juicio: el recuerdo de las series ordenadas, días, meses y estaciones, y el recuerdo de los acontecimientos habituales habidos; v. gr., porque recuerda que no ha mucho se levantó de la cama y aun no ha comido deduce que es la mañana; porque no se trabaja o ve los preparativos para asistir a la misa, sabe que es domingo; por hacer frío, o la vista de las estufas encendidas, los días cortos, sabe que es invierno. De modo que en virtud de las concomitancias circunstanciales a las que asiste habitualmente y componen en su pensamiento nemmónico un conjunto de escenas que suelen tener época determinada igual siempre, deducen esa época y aparentemente se interpreta como orientación temporal.

En un aspecto opuesto: el hombre que despierta de un largo letargo, o el que permanece algún tiempo encerrado en lugar obscuro y aislado de sus semejantes, o en situaciones análogas que podamos imaginar, por el hecho de haber perdido «la hilación del tiempo» no le es dable tener conciencia de ese tiempo. Así, también, alguna vez, por habernos acostado para una siesta en las primeras

hora sde la tarde, al despertar y en los primeros momentos, aun medio dormidos, nos creemos en la mañana; el encontrarnos en cama con la luz del día y el experimentar la sensación de despertar, nos ha engañado haciéndonos interpretar erróneamente la época en que estamos. Aquí también el pequeño paréntesis que la siesta ha establecido en el transcurso habitual del día, ha roto momentáneamente la hilación de los hechos habituales y sucesivos.

Tanto los primeros como estos últimos son hechos evidentemente del dominio de la memoria. Y cuando lo último supuesto ocurre o cuando un enfermo no contesta categóricamente a nuestras preguntas en la exploración efectuada en la forma corriente, es debido a la amnesia y no a la desorientación temporal.

Por tanto sólo podemos inferir de las respuestas erróneas de un enfermo así explorado, que ha perdido los recuerdos cronológicos; pero no podemos afirmar, ciertamente, que ha perdido la noción del tiempo.

El hombre normal es capaz de distinguir el momento de un proceso: si el hecho está ocurriendo, si ha ocurrido o si ha de ocurrir. El comprobar si un enfermo es capaz de distinguir ese momento o la época del proceso, será, seguramente, saber si está orientado en el tiempo.

Esto lleva en sí otra cuestión cronológica: el individuo normal tiene conciencia de la sucesión del tiempo que «va» de un presente a un pasado y que «irá» de un futuro a un presente. Si un enfermo perdiera esa noción sucesiva, siendo incapaz de saber si el momento es actual o pasado o está en un avenir, o si creyera que el tiempo se ha invertido; o mejor, si los hechos ocurridos han tenido lugar en diferente orden, de tal modo, que confundiera esos tiempos, presente, pasado y futuro, podríamos afirmar también que el paciente está desorientado en el tiempo. La comprobación de la inversión del tiempo, por ejemplo, sería el hecho más elocuente de esa desorientación. Ignoramos si se ha descrito ese fenómeno y aun nos preguntamos si es posible ese grado de desorientación.

Ese sentimiento de la precisión del momento del proceso, es un sentimiento posiblemente innato en el hombre. Pierre Janet dice que se adquiere en la infancia, cuando ya se tiene el espacial. Los actos primeramente son de carácter explosivo, vendrían a reglarse gracias a la continuación de la acción. Por lo menos parece evidente que ese sentimiento se apoya en el hecho de comparación en el orden de sucesión de los actos. Mas nos encontramos aquí que en el fondo es también un hecho de memoria.

Claro está que siendo la memoria una función tan elemental e importante en la inteligencia, digamos mejor, en el psiquismo, siempre nos sale al paso, cuando tratamos de investigar en la génesis de las funciones psíquicas; pero aquí es que tratamos de conocer la noción del tiempo *per se*, no como derivación de otro, sino como estado permanente de conciencia.

Hemos de referirnos, pues, aquí, al hablar de la noción psicológica del tiempo, a ese concepto «puro»; ni el concepto metafísico ni otro concepto científico debe ser involucrado.

No lo hacen así los psiquiatras, porque ciertamente es muy difícil abstraerse hasta el punto de liberarse de esas ideas «científicas» que tanto pesan en nosotros y tan íntimamente se unen a nuestra labor de investigación, por representar nuestra formación cultural y gran parte de la profesional.

Minkowski, que ha dedicado especial estudio al asunto que nos ocupa, considera la noción de tiempo psicológico, con tres aspectos diferentes: el tiempo de la física y de la memoria, del que ya hemos hablado y del que dice es tiempo asimilado al espacio, llamándole «tiempo-espacio»; el tiempo mesurable, es decir, cuya duración es completamente apreciada por la conciencia y dice que en él hay espacio y tiempo; y finalmente un tiempo en el que no hay más que tiempo, lo que Bergson denomina duración vivida y Minkowski llama tiempo-tiempo. Este último autor domina también a esas modalidades de tiempos: tiempo-cantidad, tiempo-calidad y cantidad y tiempo-calidad.

Intentemos nosotros un análisis de los hechos psicológicos.

Respecto al tiempo podemos saber:

Si un suceso ha tenido lugar antes o después de otro.

Si está sucediendo o ha sucedido.

Que estamos en un presente.

Que hay un pasado y un futuro.

Estos son conocimientos básicos que poseemos y distinguimos perfectamente, espontáneamente, sin necesidad de recurrir a referencia alguna, como elementos de juicio y los podemos llamar «primarios», porque los tenemos a modo de sentimiento o sensación interna, haciéndose patentes en la conciencia, seguramente como parte integrante de ella.

Que sepamos distinguir el día del mes o de la semana, o el año, o la parte del día, etc., es consecuencia de unas relaciones que establecemos de los sucesos ocurridos.

Así, pues, la noción psicológica del tiempo es el conocimiento en «orden» de acontecimientos, lo que preside el concepto de tiempo práctico. Por eso cuando se fragua una laguna amnésica, un paréntesis en la sucesión de hechos, borrando toda una época de recuerdos—más o menos amplia—, pero de recuerdos recientes, por ejemplo en una enfermedad febril con delirio, en una conmoción cerebral, etc., ya no es posible que el paciente sepa el tiempo que ha transcurrido; ni en la primera época de recobrar plena conciencia, saber el momento en que se halla.

Ideas análogas expone P. Janet, haciendo residir esa noción temporal en la continuidad del acto, en la sucesión en la conducta. Pero es curioso observar que mientras este autor cree que esa noción está más en el «acto diferido» que en el presente, que el tiempo reside más en lo que dejamos por hacer que en lo que hacemos; Mikowski, que revisa esos pensamientos de Janet, dice, a su vez, que el tiempo no está en el empleado más o menos mesurable, en tanto se consigue la finalidad del acto, sino en el cumplimiento de esa finalidad.

«Si decido, dice este autor, ir a la Plaza de la Concordia para ver el Obelisco y ejecuto este acto, voy a recorrer seguramente un cierto número de kilómetros que me separan de la plaza; marcharé con una cierta velocidad y podré medir el tiempo que emplearé para llegar hasta el Obelisco y lo expresaré en horas y minutos. Pero, ¿eso es todo? Y si me detengo a la mitad del camino, ¿habré alcanzado la mitad del fin? No; nada de eso, porque en el fondo, durante el acto en ejecución, hay aún otra cosa; por encima de los kilómetros que recorro, por encima del número de minutos que empleo para hacerlos, se tiende como un arco, el sentimiento de acción en vías de ejecución. Este sentimiento, que reúne en un todo las partes sucesivas de las que se compone esta acción, no se deja dividir ni separar en porciones juxtaunibles; forma un todo indivisible a partir del momento en que ha comenzado el acto hasta el momento en el que, por un sentimiento particular de terminación, tomo conocimiento del fin del acto que ejecuto.»

Estas dos apreciaciones, al parecer antípodas, en realidad obedecen a que ambos autores tienen la intuición de lo difícil que es el expresar directamente que la noción del tiempo no reside tampoco en el presente de la ejecución del acto, sino precisamente en su continuidad, ya retrospectiva, ya prospectiva. Y veremos cuán dificultosa resulta siempre esa apreciación.

Porque la noción que tenemos del tiempo es de naturaleza activa, es el hecho de la sucesión, no de la detención; no está en un punto de la trayectoria que sigue, sino en el paso continuo en esa trayectoria; concepto tan arraigado en nosotros que, como veremos, siempre predomina en todos cuantos aspectos lo consideremos. Por eso uno lo expresa en el acto definido y el otro lo refiere al acto cumplido.

Y es curioso observar que mientras nos parece que el presente es el tiempo que más próximo está en nosotros, la parte de tiempo en el que se nos hace más claro y visible en nuestra conciencia, cuando tratamos de apreciarlo lo dislocamos o lo alargamos, en uno u otro sentido. Y siempre es porque si del tiempo hacemos una cosa estática, si le suprimimos esa dinamicidad, es decir, si a la noción del tiempo no se le suelda la idea de «paso», de marcha en un solo sentido, no nos es comprensible.

Pero no podemos contentarnos con estas pocas ideas sobre el tiempo. El asunto es mucho más complejo. Ensayemos una investigación en este sentido en la fase expresiva del pensamiento e interroguemos al mismo lenguaje cómo expresa el tiempo.

Es indudable que del conjunto de todas las palabras clasificadas en partes del discurso es el «verbo» el elemento expresivo que indica el tiempo que corresponde a una acción.

Acción y tiempo van sólidamente unidos porque no es posible verificar un proceso si no es durante un tiempo, ni podemos concebir dicho proceso si no es en el tiempo. Pero esto es un raciocinio lógico deducido de los hechos observados.

Lo esencial en esto es considerar que en el lenguaje se expresa así: «el tiempo mediante el verbo». Pero observemos que ese raciocinio se ha establecido en la historia, muy posteriormente al primitivo uso del verbo; cuando el hombre introdujo ese elemento tan importante en su lenguaje lo hizo intuitivamente dándole las muy diversas formas fonéticas, con modificaciones en la composición de sus sonidos, o con variaciones morfológicas, con la adición de pre y subfijos y aun con la asociación de otras palabras, los verbos auxiliares, siempre con la intención de fijar el momento del proceso o época de la acción expresada.

Ha sido una adaptación del lenguaje impuesta por una necesidad expresiva de manifestar un complejo mental indescomponible, «acción en tiempo», que luego se ha explicado lógicamente, pero que apareció de modo espontáneo.

Eso quiere decir que mentalmente no es posible que la acción se represente

aisladamente, porque un proceso (acción) lleva tácitamente implicado su tiempo. Así podemos deducir que tiempo es lo que da carácter de posibilidad, de realización, a la acción.

Las definiciones del «verbo» se refieren a esa primordial relación de acción y tiempo. Esa dualidad que comporta el verbo se mantiene y expresa, pero siempre conjuntamente en todas las formas expresivas verbales.

Cuando sólo se expresa la posibilidad o existencia de una acción, denominamos a esa forma expresiva «modo infinitivo», porque no señala en qué época tiene lugar la acción (1).

Si se quiere indicar que tenemos conciencia de la acción que se efectúa, o sea que se expresa la relación directa de sujeto y acción, denominamos a esa forma «modo indicativo».

Cuando la acción no tiene lugar independientemente, sino bajo condición, usamos el «modo condicional o subjuntivo».

Y finalmente, cuando el sujeto pretende regir la acción y la expresa en forma de mandato, adopta el «modo imperativo».

Mas, cualquiera que sean las condiciones de la acción, hay siempre una época en la que se verifica que se expresa por los «tiempos verbales»: presente, pasado y futuro y sus variables, perfectos e imperfectos.

De modo que en el verbo hay que considerar los «modos» y los «tiempos»; correspondiendo los primeros a la categoría de la acción y los segundos a la del tiempo. Es la constante dualidad expresiva de la dualidad conceptual del complejo mental «proceso-tiempo».

Pero los lingüistas nos hacen reparar que en el tiempo no basta considerar su «cantidad», poca en el presente, mayor en el pasado y en el futuro, sino la «cualidad» del tiempo, la clase de tiempo a que se refiere la acción; si el comprendido en la misma acción o es independiente de ésta. Así, en el verbo «marchar» esta acción requiere un tiempo: todo el tiempo que se emplea en esta acción; pero independientemente de esta acción el proceso puede tener lugar en un presente, en un pasado o en un futuro. Son, por tanto, dos tiempos distintos, o dos conceptos diferentes; hay esas dos cualidades de tiempo. Como se ve, esa concepción lingüística es distinta del tiempo-cantidad y el tiempo-calidad, de Minkowski.

Por eso Guillaume define: El verbo es un semantema que implica y explica el tiempo, hay, pues, un tiempo «implicado» que el verbo lleva en sí, que forma parte integrante de su substancia y cuya noción está indisolublemente ligada a la del verbo.

Y «el tiempo «explicado» no es el tiempo que el verbo retiene en sí por definición, sino el divisible en momentos distintos, presente, pasado y futuro y sus interpretaciones que el tiempo le atribuye».

El tiempo «implicado» además de representar una duración independiente de la época en que se realiza, tiene diferentes «aspectos» que califican esa duración para determinarla o no determinarla, es decir, para indicar el fin en la acción o no indicarlo. Ejemplos: en latín el verbo «legere», leer, y el verbo «per legere» leer hasta el fin; en español «sumergir», poner bajo el agua; «fondear», llegar bajo el agua hasta el fondo.

Las diferencias correspondientes al tiempo implicado¹ son producidas de modo semilexical, por hechos de vocabulario, de empleo de proverbios y de auxiliares. La del tiempo explicado lo son por hechos de morfología pura: empleo de flexiones.

En ambos casos el origen es el mismo; como dice Guillaume: la conciencia del espíritu humano que diferencia el tiempo que «será» y el tiempo que «viene». Porque «el tiempo aparece al hombre, de una parte como sustrato de todo lo que se destruye, de todo lo que fué; y por otra parte, como el sustrato de todo lo que se crea, de todo lo que se produce».

Distingue, pues, la mente humana un tiempo logrado ya — que ha alcanzado ser, dice Guillaume —, es el llamado «inmanente»; de otro tiempo no logrado — que no ha alcanzado ser —, llamado tiempo «transcendente».

El tiempo «transcendente» tiene otras capacidades que el tiempo «inmanente». Se origina en el futuro, continuándose en el pasado; en tanto que la capacidad del «inmanente» se origina a partir del presente. Se considera, pues, el primero, en la noción integral del tiempo, como un tiempo completo «perfecto», porque no le falta ninguna época, siempre con el carácter de incidencia; y el segundo se considera un tiempo incompleto «imperfecto», puesto que le falta una época, el futuro y siempre con el carácter de decadencia.

(1) Y que por ser también el nombre propio de la acción y, por tanto, el del verbo, que es la forma con que se señala en el diccionario, se le denomina también «forma lexical» del verbo.

El verbo que indica el tiempo inmanente se dice que es un verbo de tiempo indeterminado. El que indica el tiempo transcendente se le denomina de aspecto determinado.

Estas expresiones del *tiempo* del lenguaje lógicamente responden a las necesidades psíquicas y a primera vista pudieran aparecer como un calco del pensamiento. Así, tendríamos expresado parte importante del concepto del tiempo desde un punto de vista psicológico.

Mas antes de proseguir adelante, hemos de advertir dos cosas. En primer lugar, nunca pecaremos en exceso extremando las precauciones cuando tratamos de inferir nuestros mecanismos pensantes a través del lenguaje. Esto lo sabemos sobradamente: el lenguaje no es la fiel expresión del pensamiento. El lenguaje tiene sus exigencias y tiene sus normas. Si ciertamente ha tenido su origen francamente psíquico, tiene una historia, una evolución y ha llegado a constituir un organismo, en parte independiente del pensamiento del individuo, para tomar aspecto de pensamiento colectivo, imponiendo normas al primero (*).

En segundo lugar no es superponible ni con mucho, el pensamiento científico, razonado y lógico, al pensamiento ordinario y corriente, en nuestra cotidiana vida. No todas las conclusiones establecidas por el estudio razonado sobre las actividades psíquicas son expresión real de ellas.

Por ejemplo: hemos dicho que existe en el verbo un tiempo «implicado» y otro «explicado», diferencias que somos capaces de hacer y aun emplearlas cuando tenemos «una intención» explícita de hacerlo; pero es indudable que, a pesar de subsistir siempre esa diferencia no la tenemos en cuenta muchas veces en nuestras indicaciones y ordinariamente no nos referimos más que al «explicado». Así, indicamos la acción de un modo indeterminado, empleando para ello el infinitivo: «precisa comer», «después de comer». En estos casos indicamos cuando tendrá lugar la acción (tiempo explicado), pero no el tiempo que estamos comiendo (tiempo implicado). Pero nótese que en estas expresiones, que no son excepcionales en el lenguaje y que son precisas como expresivas, tampoco indicamos directamente un tiempo determinado, presente, pasado o futuro, como cuando decimos «como», «comí», «comeré». En aquellas expresiones «precisa comer» o en la «después de comer», lógicamente es un futuro, puesto que se refiere a una acción que aún ha de tener lugar; gramaticalmente es un infinitivo el verbo «comer»; pero psicológicamente es un presente, porque es un acto que lo estoy disponiendo. En estas expresiones queremos significar que en aquel momento nuestra acción será presente: nos trasladamos mentalmente a aquel momento, subsiguiente a otra acción y actuamos como en presente. En realidad nos apoyamos en un tiempo tan relativo—dependiendo de otro tiempo, el de la acción—que sólo queremos indicar con él una acción subsiguiente, hipotética, desde luego, pero que no «determina» para nada un tiempo cronológico.

Y en esa determinación explícita del tiempo llegamos en el lenguaje aun más allá. Véanse, por ejemplo, las siguientes expresiones: «César se durmió después de comer», o bien la siguiente: «Saldré todos los días después de comer».

En cambio, cuando digo: «comer aprisa» o «comer despacio», indico independientemente del tiempo explicado, en parte, la duración de la acción y quiero manifestar que la acción se desarrolla en tiempo corto o largo.

Cuando digo «comí despacio» indico un doble tiempo: un determinado pasado y un tiempo implicado. Y lo mismo es para la expresión del futuro «comeré aprisa» o «despacio».

Véase aún, cómo puede ser más hipotética y menos afirmada la acción en ciertas expresiones: «si hubiéramos comido temprano hubiésemos llegado a tiempo». Aquí es una acción no pasada porque no se realizó o no se indica que se realizó; tampoco es futura porque se refiere a un tiempo pasado.

No puede, pues, negarse, que en múltiples casos la «intención directa» de expresar la acción no se apoya sobre un tiempo, éste no es soporte indispensable a nuestra indicación de acción, porque si la noción de tiempo se apoya sobre la sucesión de hechos realizados, aquí todo es hipotético. La forma temporal es tan relativa que se emplea en estas ocasiones, y en otras, como «modelado de lenguaje».

Lo que acabamos de exponer respecto al lenguaje en su expresión temporal, así como en la ordenación gramatical de ella, nos hace ver que, a pesar de los análisis de los lingüistas, el concepto psíquico del tiempo, y, por tanto, el uso corriente que de él hacemos, no es tan fácil ni comprenderlo ni definirlo. Por tanto, no ya el tiempo cronológico sino el mismo tiempo psicológico escapa a nuestra investigación directa.

(*) Para las relaciones de lenguaje y pensamiento, véase la primera parte de «Nuevos conceptos en los trastornos afásicos». Dr. Vilató (Anal. de Med. y Cirugía. Marzo de 1946).

Podemos ahora analizar las proposiciones que hemos llamado «primarias» o conocimientos primarios de la noción del tiempo y no nos será difícil demostrar que todas derivan de la proposición tercera que dice «estamos en un presente».

Pero al querer explicar cómo sentimos ese presente y qué es ese sentimiento de asistir al tiempo no alcanzaremos tampoco una definición del tiempo psicológico. No obstante veamos cómo puede plantearse este problema deducido de esas elementales proposiciones primarias.

Ese sentimiento de «sucesión», del cual ya hemos hablado, nos permite conocer la situación de los hechos o de las acciones con relación los unos con los otros, si han ocurrido antes o después; es decir, los tenemos seriados en la memoria en un orden que corresponde exactamente al de su aparición sucesiva. Es como un film que pasa por la pantalla ante la cual estamos, quedando fijados en ese orden y dirección. Al rememorarlos pasarán pues, siempre en ese sentido que es en dirección contraria a la nuestra, derivada ésta de ese «impulso» vital que llevamos de «ir hacia adelante». Como en efecto lo sentimos y así lo expresamos en nuestro corriente lenguaje. Marchamos hacia adelante, la vida siempre avanza; los hechos y las acciones llegan hacia nosotros, porque nos aproximamos a ellos y van quedando detrás de nosotros. Como cuando viajando en un coche, progresando en una carretera, árboles, casas, bosques, pueblos, etc., primero aparecen ante nuestros ojos, durante un instante están en nosotros, después quedan atrás. Pero cuando el coche lleva cierta velocidad nos hace el efecto que nosotros permanecemos quietos y que son los objetos que se deslizan ante nuestra vista.

En la vida tenemos el sentimiento de avanzar «en el mundo»; en el coche es a la inversa, permanecemos quietos y el mundo avanza en nosotros. Pero si pretendemos analizar ese avance nuestro en el mundo, inmediatamente dejamos de sentirlo para quedarnos «parados» y ser el mundo el que avanza en dirección contraria. Y es porque, al fin, ese sentimiento de movimiento de avance es un hecho tan relativo—psicológicamente—como el otro supuesto movimiento del mundo en sentido contrario.

En último análisis en esta cuestión, como en otras del mismo género, el hecho principal es que nuestro psiquismo se halla siempre «centrado». Es el centro de todas sus acciones, es hasta cierto punto fijo e inamovible; dispone, en consecuencia, en sus actos y acciones del momento actual, es incapaz de modificar «lo pasado» prevenir «al futuro» (no puede presentar reacción para lo que vendrá que le es desconocido) y vive, en una palabra, del presente y únicamente en el presente; pasado y futuro es sólo un misterio que no consigue descifrar; pero ese pasado y ese futuro, psicológicamente, son sólo para nosotros, algo derivado de ese presente, consecuencia de él, o en relación íntima con él, lo que vino y lo que se fué, lo está ante nosotros y lo que quedó tras nosotros.

Pero al querer explicar cómo sentimos ese presente y cómo es «ese sentimiento de asistir al tiempo» no alcanzaremos tampoco una definición del tiempo psicológico; empeño vano que mejor es no empeñarse en encontrarla.

Minkowski ha pretendido analizar el concepto del tiempo en el aspecto *psicopatológico*. Las dificultades con las que se ha tenido que enfrentar son, desde luego, las mismas que surgen en cualquier otro aspecto. Pero a ello se suman, como vamos a ver, otras referentes a la interpretación del pensamiento patológico, rodeado siempre de una mayor oscuridad en la comprensión del proceso idiático, el cual se nos presenta al través de una expresión falseada por el mismo proceso patológico.

Es Goltmith quien nos advierte que en el estudio psicológico del pensamiento no es buen material el terreno patológico, pues exige por condición su interpretación, una firme posición en la observación, muy costosa, de lograr para llegar a la verdad en la relación entre pensamiento y la manifestación externa no arbitrariamente interpretada.

De todos modos, en esto, como en otros aspectos, repetimos, es oscura la interpretación del concepto temporal, porque no sabemos el verdadero uso que hace el «yo» de la noción del tiempo y hasta parece como si en la labor usual y corriente del psiquismo actuamos haciendo caso omiso del tiempo, porque, como dice Bergson, la inteligencia «concentrada sobre lo que se repite, ocupada solamente en soldar lo mismo a lo mismo, se desentiende de la visión del tiempo, porque no pensamos en el tiempo, lo *vivimos*.» Y nosotros podemos añadir que, cuantas cosas hay en la vida psíquica que no acertamos a explicar, porque vivir psíquicamente no es pensar siempre lo que se vive.

Comienza Minkowski por preguntarse, cuando practicamos corrientemente el examen de la orientación en el tiempo, ¿cuál es en el fondo la función que hemos explorado?, llegando a la conclusión, como en un principio nosotros mismos hemos hecho, que sólo ha sido una función de abstracción y de memoria.

Insiste ese autor que, en el concepto psicológico del tiempo, el fenómeno de la «duración» es el más característico, que es la idea que se ha perseguido con

más interés y cree que la exploración clínica en ese sentido no debe omitir la «prueba del minuto» (1). Desde luego, no nos parece difícil hacer la crítica de esta prueba, quedando prontamente desvirtuada. Normalmente y aun en sujetos sanos dará resultados variables, pues éstos dependen de muchas causas, sobre todo, del hábito o costumbre en medir mentalmente el tiempo y de la cultura del individuo examinado.

Minkowski planea la cuestión en otro plan, el que cree exclusivamente clínico, en realidad es teórico-patogénico. Parte de la concepción bergsonianana, que opone el instinto a la inteligencia, que considera el instinto «moldeado en las formas de la vida», siendo él todo actividad y dinamismo y, por tanto, continuidad y duración, y añadamos nosotros, sincronizado con el ambiente, puesto que su actividad es consecuencia de él; está, por tanto, incrustado en el tiempo. Considera, por el contrario, la inteligencia con «incomprensión natural de la vida, fascinada por lo inerte, viendo claramente lo discontinuo y lo inmóvil».

Aparecen, por tanto, ambas cosas como opuestas, la una soldada al tiempo, la otra desligada de él. Pretende el mentado autor, trasladar esta concepción al campo de la patología para comprobar si las cosas ocurren lo mismo.

Se fija en que existen procesos patológicos que atacan selectivamente esos dos grupos de funciones. En la esquizofrenia, según ese autor, predomina un pensamiento espacial sobre el pensamiento temporal, y un racionalismo morboso, plan de pensamiento que predomina en esta afección, apareciendo exageradas las funciones racionales en detrimento de las funciones intuitivas, llegando en ocasiones el enfermo esquizofrénico a la obsesión por el culto de las ideas elevadas exclusivamente intelectuales y espirituales, con menosprecio absoluto de las pequeñas cosas propias y utilitarias de la vida corriente y natural. Aun este autor interpreta la ambivalencia que conduce al querer y no querer, a la duda e indecisión, a ese trastorno profundo de la voluntad, como consecutivo a ese mismo defecto temporal, a una inmovilización sobre el mismo plan, a la falta de organización en el tiempo, que es la base del pensamiento normal. De modo que la hipertrofia de factores racionales y la decadencia de los instintivos conducirían a la anulación del empleo del tiempo como características del pensamiento esquizofrénico.

En un aspecto completamente opuesto aparece las actividades psíquicas en las psicosis maniaco-depresiva. Para comprender esta afección, dice el citado autor que precisan dos nociones nuevas: el «desplazamiento en el tiempo» y el «sincronismo vivido». Mientras en el esquizofrénico hay una pérdida mayor o menor del «contacto vital», en el maniaco-depresivo parece como si ese contacto fuera aún mayor que el normal. En realidad no es así, pues la velocidad del maniaco en su cambiante pensar es en el fondo una degradación del desplazamiento en el tiempo, no llegando a constituir un verdadero presente, no estableciendo con la realidad del ambiente una cierta «duración».

Muy sutilmente Minkowski para explicar esa aparente avidez por el ambiente, el maniaco, según la expresión de Breuler, nos advierte que esa misma avidez, que le hace no penetrar del todo en el ambiente, debe interpretarse estableciendo una distinción entre el concepto de «ahora» con el concepto de «presente». Mientras el primero es un «ahora» muy pequeño, momentáneo, fugaz, que prácticamente interviene en nuestras cosas de la vida muy escasamente, casi exclusivamente para indicar el principio o el fin de una acción («ahora, tal cosa»; «ahora acabo de hacer tal otra»), teniendo, por tanto, escasas raíces en el tiempo, el «presente», por el contrario, tiene contornos extensibles, es más amplio, abarcando un pasado próximo y en parte un futuro.

Esta idea ha sido también expuesta más concreta y radicalmente por los lingüistas cuando nos dicen que el presente tiene siempre algo de pasado y algo de futuro, porque está engarzado en los dos.

El maniaco usaría sólo el «ahora», no considerando el presente, dada la fugacidad de su pensamiento. De manera que su contacto con el ambiente se reduciría únicamente al «ahora» por una pérdida del concepto del desplazamiento en el tiempo.

Aún examina Minkowski otros enfermos, los que padecen un déficit intelectual, fijándose particularmente en los paralíticos generales, los cuales, dice, sólo emplean un concepto espacial, pues incapaces de recordar hechos cronológicos especialmente, carentes de la noción de sucesión, sin poder apreciar la duración, contestan en el interrogatorio «apoyándose en el lugar que ocupan»; es decir, sustituyendo el concepto de tiempo por una idea de estancia, reemplazando las proposiciones de naturaleza cronológica por términos de naturaleza topográfica.

(1) Esta «prueba del minuto» se efectúa invitando a que el individuo en examen indique, a partir de una señal convenida, el momento en que considera que ha transcurrido un minuto, mientras el observador cronometra el tiempo que tarda aquél en decirlo.

En los dementes seniles ocurre todo lo contrario, buscan situarse constantemente en el tiempo. Los delirantes, particularmente los megalómanos paralíticos, presentan con su enormidad un olvido completo del tiempo. A este propósito cita el discurso de un paralítico que se propone ir a las carreras de caballos de Longchamp, después dar en seguida la vuelta al mundo, buscar la Luna para meterla en un vaso, saltar por encima de las islas del Océano, ir a Roma, etc., etc. Dinamismo desencadenado, que dentro de su estultez atropella la noción de tiempo en la forma más irracional.

No nos es posible seguir a ese psiquiatra en esas concepciones; nos parecen forzadas las ideas a un plan prestablecido. Además, examinando los ejemplos que cita de casos observados, puede objetarse lo difícil que es acondicionar la respuesta de un enfermo a nuestras interrogaciones con la realidad de lo que ocurre en su pensamiento; las pararespuestas de los esquizofrénicos, las numerosas figuras imaginativas que introducen en su lenguaje, las que a veces nos llegan a desconcertar, serán pruebas de su trastorno mental, pero nunca permitirán la verdadera interpretación del fenómeno del pensamiento.

Y en el maniaco, si ciertamente su excesiva atención y su aparente interés exagerado por lo que le rodea pueden engañar sobre ese contacto vital, la fuga de pensamiento en más o en menos, sobre todo su sobreactividad, que nos indica lo poco firme que es su apoyo en el presente, no son evidentemente pruebas del empleo que el maniaco haga del tiempo; sin olvidar, además, tanto la facilidad con que éste construye frases de carácter automático, como lo aficionado que es, dada su euforia, a jugar con el lenguaje, como si quisiera sorprendernos con su fantasía.

En cuanto a los estados demenciales, la falta de memoria induce a estos enfermos a un especial lenguaje puramente de sustitución que no responde más que a la amnesia y no a la desorientación.

Además, volviendo al punto de partida de las especulaciones de Minkowski, o sea la antítesis bergsoniana entre instinto e inteligencia, cabe también en esto hacer algunas objeciones. No se puede negar cierto antagonismo entre ambos grupos de funciones, pero no en absoluto por lo que atañe a la vida psíquica. Precisa fijar los términos. Si Bergson se refiere al instinto, Minkowski se refiere a la intuición, la que no debe confundirse con el instinto y, por tanto, ya no es el mismo punto inicial. Tampoco podemos considerar justa la apreciación bergsoniana, la encontramos exagerada. La inteligencia no se desentiende tanto de la vida y de los principios vitales; por el contrario, creemos que en cuanto a la inteligencia, tiene que estar tan en relación con la vida que dejaría de ser una función psíquica normal al dejar de tener un carácter, y, sobre todo, «una finalidad» biológica; y no puede tampoco repugnar el regir los principios filosóficos en la interpretación de lo existente.

Considerar a la inteligencia con tal autonomía es caer en el defecto clásico de creer a las funciones psíquicas desligadas unas de otras y ya hemos convenido hace tiempo que todas las funciones psíquicas deben estudiarse en relación unas con otras, formando un todo armónico. Una inteligencia completamente autónoma, si tal pudiera existir, sería patológica; basta ver que el predominio de ella sobre las demás funciones, es decir, llevada al extremo de su supremacía ocasiona el racionalismo patológico tan detestable como se observa en ciertas formas esquizofrénicas. Y por otra parte, el exceso de filosofismo en la interpretación del psiquismo humano conduce a la falsa psicología, de lo que continuo venimos protestando y siempre que la ocasión lo permite recalamos en los estudios psicológicos la consideración de la vida psíquica, corriente, cotidiana, el no dejar en todo momento de estudiar al hombre en su vida ordinaria y no en los momentos de excepción y menos al hombre subyugado por una cultura impuesta; querer estudiar la psicología con ese bagaje de prejuicios y con esa construcción artificiosa impuesta por una filosofía errónea es alejarse de lo biológico. El hombre corriente, y permítaseme denominarle «natural» en el sentido de ser tal como fué creado y para conseguirse a sí mismo el máximo de utilidad vital y espiritual, no es el hombre universitario, y esa cultura universitaria influye en más o en menos en la mayoría de hombres considerados civilizados.

La inteligencia no repugna el estudio de esa armonía de funciones que llamamos vida y preside sus concepciones y principios metafísicos, éticos y religiosos. Es evidentemente exagerado decir que «se ocupa de ese frío análisis que le inmoviliza en un plan. Por el contrario, la inteligencia se ocupa de ese dinamismo y de esa capacidad móvil de acción.

Que la inteligencia quede admirada y aun a veces confusa ante la organización no quiere esto decir que se desentienda de ella, por cuanto reconoce y estudia el principio creador sabio y divino de esa organización. Todo lo contrario de esto cuanto argumentamos es confundir la inteligencia con un cienticismo racionalista.

Volviendo a la cuestión de la «intuición» hemos de insistir que, a pesar del empeño de considerarla como desligada u opuesta a la inteligencia, eso no es

cierto. Las funciones intuitivas son espontáneas en su acción, en su revelación, pero es muy discutible que lo sean en su origen. Gran número de actos intuitivos son el producto de una labor psíquica semi-inconsciente efectuada con materiales procedentes de un conocimiento previo.

Para comprender rápidamente esto citaremos un hecho psicológico tan patente, como demostrativo: los primeros actos de la vida de relación en el niño son intuitivos; ese actuar explosivo a que Janet se refiere, son impulsos de un instinto, despertados por el estímulo externo y faltos de una experiencia que los regule; tiene ese carácter de excesiva velocidad e intensidad. Luego, los estímulos se abren una vía en el sistema nervioso, como decía Becterey y viene el reglaje de la función, que es el primer aspecto de una conducta; por fin, interviene una inteligencia para presidir ese reglaje con miras a fines utilitarios llevados a la perfección. La verdadera función intuitiva es del adulto; es la expresión de un recurso, de apariencia súbito ante un problema ambencial, pero que supone previo caudal de conocimientos adquiridos y organizados. Y puede aún añadirse que las grandes intuiciones y las que después dan lugar a las soluciones más importantes y que han resuelto las cuestiones más arduas, son propias de genios y de hombres de gran cultura.

Las grandes intuiciones no son propias de psiquismos pobres y escasamente organizados, sino de talentos y de laboriosos y ya trabajados espíritus.

Nos llevaría demasiado lejos seguir por estos senderos y deseamos ser concretos.

De los trabajos de Minkowski se llega a una conclusión: que tampoco en el terreno patológico fácil es captar el concepto psicológico del tiempo, y por tanto el de los trastornos de ese sentimiento, en consecuencia no podemos saber como esta desorientado en el tiempo un enfermo. De esto se infiere que desconocemos el método de exploración que corresponde a esa orientación.

Hemos intentado plantear la cuestión de la concepción temporal en diferentes aspectos: interrogando directamente al psiquismo, examinándolo en su concepto expresivo de lenguaje y estudiándolo en lo psico-patológico. Bajo ninguno de estos planes hemos encontrado la solución, lo que de antemano habíamos previsto.

No era nuestra pretensión establecer nuevas normas ni conceptos definidos. Sólo deseábamos hacer observar que la exploración psiquiátrica de la orientación temporal, no se ha conseguido realizar aún; y de pasada queríamos también poner de relieve las dificultades de orden interpretativo que lleva en sí ese concepto psicológico del tiempo.

Así, por tanto, prosigue en todo su valor la afirmación agustina: dándonos perfecta cuenta de que vivimos un tiempo, las dificultades surgen en cuanto pretendemos saber lo que es el tiempo y como lo sentimos transcurrir; *no sabemos lo que es el tiempo.*
